



JORGE LUIS BORCES

FERVOR DE BUENOS AIRES

MCMXXIII

Escrito con algún resabio ultraísta y bajo el influjo de su regreso a Argentina tras los años vividos en Europa, este libro anticipa con nitidez la obra futura de Borges. En sus páginas ya están las metáforas clásicas, la adjetivación asombrosa, el incipiente planteo metafísico, la precisión verbal, la peculiar inflexión vacilante que esconde un remate perfecto. El tema central son los suburbios de la ciudad, el linde misterioso donde el barrio se desdibuja en el campo. Esa tensión entre lo particular y lo universal funda en nuestras letras un nuevo modo de observar la realidad cotidiana, una exquisita poética de lo inestable.

PRÓLOGO

No he reescrito el libro. He mitigado sus excesos barrocos, he limado asperezas, he tachado sensiblerías y vaguedades y, en el decurso de esta labor a veces grata y otras veces incómoda, he sentido que aquel muchacho que en 1923 lo escribió ya era esencialmente —¿qué significa esencialmente?— el señor que ahora se resigna o corrige. Somos el mismo; los dos descreemos del fracaso y del éxito, de las escuelas literarias y de sus dogmas; los dos somos devotos de Schopenhauer, de Stevenson y de Whitman. Para mí, Fervor de Buenos Aires prefigura todo lo que haría después. Por lo que dejaba entrever, por lo que prometía de algún modo, lo aprobaron generosamente Enrique Díez-Canedo y Alfonso Reyes. Como los de 1969, los jóvenes de 1923 eran tímidos. Temerosos de una íntima pobreza, trataban como ahora, de escamotearla bajo inocentes novedades ruidosas. Yo, por ejemplo, me propuse demasiados fines: remedar ciertas fealdades (que me gustaban) de Miguel de Unamuno, ser un escritor español del siglo diecisiete, ser Macedonio Fernández, descubrir las metáforas que Lugones ya había descubierto, cantar un Buenos Aires de casas bajas y, hacia el poniente o hacia el Sur, de quintas con verjas. En aquel tiempo, buscaba los atardeceres, los arrabales y la desdicha; ahora, las mañanas, el centro y la serenidad.

J. L. B.

Buenos Aires, 18 de agosto de 1969.

A QUIÉN LEYERE

Si las páginas de este libro consienten algún verso feliz, perdóneme el lector la descortesía de haberlo usurpado yo, previamente. Nuestras nadas poco difieren; es trivial y fortuita la circunstancia de que seas tú el lector de estos ejercicios, y yo su redactor.

LAS CALLES

[Suprimido en la edición de 1969][1]

CALLES de Buenos Aires
n mi entraña.
is ávidas calles,
nodas de turba y de ajetreo,
as calles desganas del barrio,
nvisibles de habituales,
recidas de penumbra y de ocaso
rellas más afuera
is de árboles piadosos
le austeras casitas apenas se aventuran,
nadas por inmortales distancias,
derse en la honda visión
elo y de llanura.
para el solitario una promesa
ue millares de almas singulares las pueblan,
is ante Dios y en el tiempo
duda preciosas.
a el Oeste, el Norte y el Sur
n desplegado —y son también la patria— las calles:
en los versos que trazo
i esas banderas.

LA RECOLETA

UVENCIDOS de caducidad
antas nobles certidumbres del polvo,
lemoramos y bajamos la voz
· las lentas filas de panteones,
retórica de sombra y de mármol
iete o prefigura la deseable
dad de haber muerto.
s son los sepulcros,
snudo latín y las trabadas fechas fatales,
njunción del mármol y de la flor
plazuelas con frescura de patio
muchos ayeres de la historia
detenida y única.
rocamos esa paz con la muerte
emos anhelar nuestro fin
ielamos el sueño y la indiferencia.
nte en las espadas y en la pasión
· mida en la hiedra,
la vida existe.
ocacio y el tiempo son formas tuyas,
· rstrumentos mágicos del alma,
ndo ésta se apague,
· agarán con ella el espacio, el tiempo y la muerte,
o al cesar la luz
ca el simulacro de los espejos
· a la tarde fue apagando.
ora benigna de los árboles,

o con pájaros que sobre las ramas ondea,
que se dispersa en otras almas,
un milagro que alguna vez dejaran de ser,
pero incomprendible,
que su imaginaria repetición
nos trae con horror nuestros días.
Y pocas cosas pensé en la Recoleta,
lugar de mi ceniza.

EL SUR

¿DE UNO de tus patios haber mirado
antiguas estrellas,
e el banco de sombra haber mirado
luces dispersas
ni ignorancia no ha aprendido a nombrar
ordenar en constelaciones,
r sentido el círculo del agua
secreto aljibe,
or del jazmín y la madre selva,
encio del pájaro dormido,
o del zaguán, la humedad
cosas, acaso, son el poema.

CALLE DESCONOCIDA^[2]

UMBRA de la paloma
iron los hebreos a la iniciación de la tarde
do la sombra no entorpece los pasos
enida de la noche se advierte
o una música esperada y antigua,
o un grato declive.
sa hora en que la luz
una finura de arena,
n una calle ignorada,
ta en noble anchura de terraza,
s cornisas y paredes mostraban
es tenues como el mismo cielo
onmovía el fondo.
—la medianía de las casas,
odestas balaustradas y llamadores,
sz una esperanza de niña en los balcones—
o en mi vano corazón
impidez de lágrima.
á esa hora de la tarde de plata
su ternura a la calle,
ndola tan real como un verso
ado y recuperado.
después reflexioné
aquella calle de la tarde era ajena,
oda casa es un candelabro
le las vidas de los hombres arden
o velas aisladas,

todo ineditado paso nuestro
na sobre Gólgotas.

LA PLAZA SAN MARTÍN

A Macedonio Fernández

BUSCA de la tarde
 durando en vano las calles.
 taban los zaguanes entorpecidos de sombra.
 fino bruñimiento de caoba
 de entera se había remansado en la plaza,
 ia y sazónada,
 uechosa y sutil como una lámpara,
 como una frente,
 e como ademán de hombre enlutado.
 sentir se aquieta
 la absolución de los árboles
 arandás, acacias—
 s piadosas curvas
 ían la rigidez de la imposible estatua
 cuya red se exalta
 oria de las luces equidistantes
 e ve azul y de la tierra rojiza.
 bien se ve la tarde
 e el fácil sosiego de los bancos!
 o
 erto anhela latitudes lejanas
 onda plaza igualadora de almas
 ore como la muerte, como el sueño.

EL TRUCO^[3]

LA MENTA naipes han desplazado la vida.
Los dos talismanes de cartón
hacen olvidar nuestros destinos
y la creación risueña
doblado el tiempo robado
las floridas travesuras
de la mitología casera.
Los lindes de la mesa
de los otros se detiene.
Dentro hay un extraño país:
las aventuras del envido y del quiero,
la toriedad del as de espadas,
y don Juan Manuel, omnipotente,
repite de oros tintineando esperanza.
La entidad cimarrona
recomorando las palabras
no las alternativas del juego
se repiten y se repiten,
los gadores de esta noche
en antiguas bazas:
o que resucita un poco, muy poco,
generaciones de los mayores
pegaron al tiempo de Buenos Aires
los mismos versos y las mismas diabluras.

UN PATIO

▼ LA tarde

nsaron los dos o tres colores del patio.

noche, la luna, el claro círculo,

omina su espacio.

, cielo encauzado.

tio es el declive

el cual se derrama el cielo en la casa.

ra,

ernidad espera en la encrucijada de estrellas.

o es vivir en la amistad oscura

o zaguán, de una parra y de un aljibe.

INSCRIPCIÓN SEPULCRAL

*Para mi bisabuelo,
el coronel Isidoro Suárez*

ATÓ su valor sobre los Andes.
rastó montañas y ejércitos.
idacia fue costumbre de su espada.
so en la llanura de Junín
no venturoso a la batalla
s lanzas del Perú dio sangre española.
ció su censo de hazañas
rosa rígida como los clarines belísonos.
ó el honroso destierro.
a es un poco de ceniza y de gloria.

LA ROSA

A Judith Machado

OSA,
narcésible rosa que no canto,
e es peso y fragancia,
l negro jardín en la alta noche,
cualquier jardín y cualquier tarde,
¡a que resurge de la tenue
a por el arte de la alquimia,
¡a de los persas y de Ariosto,
e siempre está sola,
e siempre es la rosa de las rosas,
en flor platónica,
liente y ciega rosa que no canto,
¡a inalcanzable.